

En busca de Ulrich Seidl

Carlos Losilla



Sonrisas y lágrimas contribuyó no poco a forjar el tópic *kitsch* de una presunta alma austríaca hecha de paisajes paradisiacos y ciudades de ensueño, todo ello imaginado como si se tratara de las ilustraciones de un cuento infantil. En *Im Anfang war der Blick* (2002), una películita de cuarenta y cinco minutos realizada por la cineasta Bady Minck, nacida en Luxemburgo pero fascinada por Viena, hasta el punto de que la mayoría de sus trabajos son coproducciones entre su país de origen y Austria, el escritor Bodo Hell, originario de Salzburgo, de las mismas tierras donde se desarrolla la odisea de los Trapp, se interpreta a sí mismo como al artista que intenta penetrar en los secretos de ese país de las maravillas. La excusa son unas cuantas tarjetas postales regurgitadas en puro cliché, esas imágenes totémicas que serializan la idea de Austria entendida como una pintura naif. Vemos a Hell en su estudio, rodeado de libros, y presto, como Alicia, para iniciar un viaje al interior de ese misterioso universo iconográfico. Vemos el monte Erzberg, su imponente belleza, pero también su presencia inquietante, casi monstruosa, que oculta uno de los episodios más oscuros de la dominación nazi, los prisioneros condenados allí a trabajos forzados. Luego Eisenerz, la ciudad circundante, la ciudad de hierro (*Eisen*). Y del hierro pasamos a la sal, a Salzburgo, la patria chica de Mozart, pero también la sede del *kitsch* austríaco, y quizá de algo más. Minck y Hell nos invitan a leer los textos que ilustran algunas de esas postales que nos han servido de introducción al averno. Muchos de ellos hablan de cultura, de música, de literatura. Una imagen, sin embargo, muestra un sol en forma de cruz gamada. Y al dorso: “Este sol, desgraciadamente, aún no brilla sobre Salzburgo”. El retorno al pasado arranca todos los velos y deja al descubierto la verdadera faz de la Arcadia austríaca, aquello que late bajo lo que en apariencia es una inofensiva manifestación del proverbial *kitsch* europeo. Al final, Hell se deja absorber por las imágenes, por las mentiras, y vemos su figura flotando en el cielo de las falsas apariencias.

Descubrí esta película gracias a mi amigo J., que fue el primero que me habló de Bady Minck, por otra parte creo que sin haber visto ninguno de sus trabajos, lo cual resulta aún más meritorio. Sabía que estaba escribiendo un libro sobre Seidl y se propuso, con la generosidad que le es habitual, ilustrarme un poco acerca de lo que se está cocinando ahora en Austria en materia cinematográfica. Enseguida me puse en contacto con Amour Fou, la productora de la película de Minck, que también ha hecho posibles algunas muestras de ese cine austríaco que ahora está triunfando en los festivales de todo el mundo, incluido Gijón, y del que, como queda dicho, hablaré después. El caso es que Beate Pichler, la persona que contestó a mi correo electrónico y a la que tan agradecido estoy por haberme facilitado una copia de la película, no pudo evitar preguntarme: “By the way, what’s the reason to portray Bady Minck’s film in an Ulrich Seidl book?”. Beate tenía razón, porque yo aún estoy también haciéndome esa misma pregunta. No se trata de “contextualizar”, no, esa palabra horrible. Se trata de asociaciones y casualidades que no lo son tanto, pues J., por lo que podía saber, intuía que tras la curiosa película de Minck, que combina la animación y la vanguardia con una rara poesía visual, podía existir una cierta respuesta al cine de Seidl. ¿Utilizar las técnicas del *kitsch* para desenmascarar una realidad horrible y, lo que era más importante para mis propósitos, devolver la imagen en forma de un ambiguo artefacto en el que no pudiera distinguirse la verdad de la mentira, como si el cineasta se mostrara impotente a la hora de desembarazarse de los simulacros que la costumbre ha impuesto a la realidad, como si eso también bloqueara su reacción emocional ante su material de trabajo? Afirma Minck: “En Salzburgo los hombres han vaciado el interior de la montaña para extraer la sal. Y esta erosión ha repercutido sobre la arquitectura. Salzburgo se ha convertido en una ciudad ‘Potemkin’. Si se contempla la población desde lo alto de una montaña, nos daremos cuenta de que los antiguos edificios barrocos han sido recubiertos con techos de aluminio. Los antiguos muros interiores se han suprimido con el fin de construir más pisos. Las casas son ahora como dentaduras huecas recubiertas de aluminio... La ciudad no es más que la apariencia de sí misma. Y eso, en todos sus aspectos y todos sus detalles, lo podemos encontrar en las tarjetas postales que se venden en cada rincón”. Las películas de Seidl, anoté más o menos en mi cuaderno después de ver *Im Anfang war der Blick*, escenifican también la teatralización de una existencia hueca recubierta de usos y costumbres a los que un ojo atento descubre tan falsos como terroríficos, tan irreales como grotescos. Pues “en el principio fue el ojo”, como reza el título de la película de Minck.

Edita: E.M.A.M. Teatro Municipal Jovellanos de Gijón
Festival Internacional de Cine de Gijón